

Los tópicos en la historiografía sobre la Guerra de la Independencia

Leopoldo Stampa Piñeiro

La Historia es quizá la más sensible de las ciencias sociales ante factores tales como la nacionalidad, etnicidad, lengua o género del historiador; la tradición cultural y académica a la que pertenece; y la época y el lugar donde escribe.

La *historiografía* –como interpretación del pasado construida por los historiadores– termina muchas veces imponiéndose a los hechos. Ignorar, destacar o subestimar ciertos acontecimientos y datos son formas de alterar la realidad. Situar el pasado en un contexto inapropiado, o en contextos diferentes según cada escuela, grupo o individuo, produce también interpretaciones diferentes. Es evidente que uno no puede modificar lo que sucedió en otros tiempos –los hechos fueron los hechos– **pero la *historia* no es lo que sucedió sino lo que cada época y cada persona ve y conoce a través de la historiografía. Es decir, la *historia* es lo que cuentan los historiadores**¹.

Ello nos sitúa en las coyunturas conmemorativas ante la tentación de revisarla. La Historia está condenada a rescribirse y debe ser objetivo de los historiadores no solamente rescribir sino hacer hoy lo que otros no hicieron ayer.

¿Cuántas veces no hemos sentido la necesidad, al menos entre los interesados por la Historia Militar, de reabrir este debate ante el Bicentenario que se nos aproxima? ¿En que ocasión no nos hemos planteado la necesidad de sacudir ese esquema tan repleto de tópicos y tan anclado en la retórica, como es el relato clásico sobre la Guerra de la Independencia, que hasta ahora ha pervivido en el colectivo ciudadano?

Por ello, y sin otra intención más que el listado sea indicativo y hasta cierto punto provocador del debate, me gustaría enunciar algunos de los tópicos más reciaemente enraizados en torno al fenómeno bélico que dominó España desde 1808 hasta 1814.

1. A. JIMÉNEZ: “El Lejano Norte español: cómo escapar del American West y de las Spanish Borderlands”, *Colonial Latin American Historical Review*, vol. 5 (otoño 1996).

Primer tópico: la ausencia del ejército regular español

El ejército regular partió en 1808 de una situación de debilidad y de fractura. Es bien conocido el dato sobre su dispersión entre 1807 y 1808, a lo largo y ancho del territorio europeo.

Entre los compromisos internacionales que el Tratado de Fontainebleau obligó a Madrid a adoptar en el ámbito militar destacan dos: a) el envío en 1807 de un sólido contingente español a las ciudades Hanseáticas (las *ciudades asiáticas* que decía Godoy) –Hannover concretamente– y después a Dinamarca, y b) paralelamente, y por tanto en esas mismas fechas, el desplazamiento a Portugal de otro cuerpo expedicionario, no menos potente.

- *Portugal*

En Portugal, España se había comprometido a ocupar el norte y el sur del país. El general **Taranco** se adueñaría la zona entre el Miño y el Duero y el general **Solano** sojuzgaría el Alentejo y los Algarbes. Para ello se acordó con Napoleón enviar un total de tres divisiones, que al final quedaron en dos. Totalizaron alrededor de 16.000 hombres se distribuyeron, como he dicho, entre el norte y el sur.

- *Dinamarca*

Se enviaron al norte de Europa los 6.000 soldados españoles que se encontraban en Etruria, tratando de completar el resto de las exigencias napoleónicas con regimientos acuartelados en España. A pesar de los esfuerzos de *Godoy* no pudo reunir en España más que otros 5.500 hombres. De este modo la División del Norte congregó a 11.503 efectivos a las órdenes del marqués de la Romana.

En abril de 1807 partieron las unidades que se encontraban en Etruria hacia Hannover y Hamburgo, mientras que las que estaban en España, lo empezaron a hacer entre marzo y septiembre de ese año, de manera que en otoño de 1807 entre 27.500 a 32.000 hombres, de las mejores unidades españolas se encontraban fuera del territorio nacional.

¿Qué quedó por tanto en el territorio peninsular en 1808, cuando estallan las hostilidades? Lo sabemos por el informe que el 20 de mayo de 1808 el ministro de la Guerra O'Farrill².

De él se deduce una fuerza en España de 131.000 hombres, a fecha de mayo de 1808. Estos hombres estaban repartidos en 198 batallones y 126 escuadrones. Ahora bien, de esos 131.000 hombres deben deducirse los componentes de los dos Cuerpos Expedicionarios en el extranjero, a los que nos hemos referido. Entre ambos sumaban alrededor de 30.000, lo que ya rebaja la cifra total sobre 100.000. Algo menos, pero mantengamos esa cifra por simplificar.

De este número, un porcentaje significativo corresponde a tropas de milicias, unos 30.500 hombres. Lo que reduce el cómputo de soldados regulares a 68.500.

2. Estado que demuestra el destino por provincias de todos los batallones, regimientos de infantería de línea y ligera y los escuadrones de caballería del ejército.

Ese era el auténtico ejército regular en vísperas del combate contra la Francia Imperial. Además aquí deben comprenderse los 7.208 de tropas de Casa Real, 6.000 artilleros y 1.049 ingenieros, con lo que nos quedarían aproximadamente unos 48.961 soldados de infantería –tanto de línea como ligera– y alrededor de 5.282 jinetes montados.

En suma, el ejército regular, que era el auténticamente veterano, el profesional, el que tenía experiencia de combate, instrucción y disciplina, terminó dispersándose por la región del Báltico y el territorio de Portugal. Lo que quedó de él en España fue una gavilla de unidades formada por fuerzas regulares, tanto españolas como regimientos extranjeros. Estimo la cifra en torno a los **55.000 ó 60.000 hombres**, pero no debemos darle importancia a la precisión, ya que el conjunto nada cambia cuando manejamos magnitudes de este calado.

Ya he dicho, para que salgan las cuentas, que este ejército **se completaba** con los batallones de **milicias, que agregaban unos 30.000 hombres más**. Pero las milicias no llevaban ni caballería ni artillería.

Carencias

¿Cuales fueron las consecuencias de haber mantenido un ejército tan escuálido?

1. La tropa

En una época donde las formaciones masivas de infantería y caballería lo eran todo en el combate, y donde la masa artillera –recordemos la innovación napoleónica de la “*grande batterie*”– era a menudo resolutive, un ejército en esqueleto no tenía futuro.

Esta es una reflexión por lo que se refiere a la cantidad. Ciertamente es que la fiebre creadora de unidades, batallones patrióticos y escuadrones de monjes y labradores fue impresionante, sobre todo durante el primer tercio de la campaña. Hasta 368 unidades nuevas se crean entre 1808 y 1809, pero la cantidad, con ser un dato esencial no lo era todo. Unas fuerzas sin instrucción o con instrucción mediocre siempre estaban a merced de las más maniobreras y mejor adiestradas.

Y un soldado no se improvisaba, y si ese soldado improvisado era un jinete de caballería que trataba de manejar un caballo no adiestrado para el combate, el problema era entonces doble.

La insensata medida de incorporar a las unidades una nueva recluta formada por jóvenes sin instrucción y lanzarlos al combate, tuvo las peores consecuencias. Como los regimientos de caballería que se habían enviado a Portugal y a Dinamarca, marcharon al completo y se remontaron sobre el ganado de las unidades que quedaron en España, gran parte de los caballos de las unidades montadas estaban faltos de adiestramiento y de la debida doma para soportar la lucha. Al primer cañonazo se alzaban de manos y no había quien los sujetase. Por otro lado el campesino recién reclutado, tampoco era un adiestrado jinete de combate. De manera que el joven campesino que se montaba en uno de los caballos de requisa, tenía como primera y básica preocupación

que su montura no se botase con los primeros estruendos de la artillería enemiga. Pero hay más. No recuerdo en donde he leído el dato de que en los regimientos de caballería española no se enseñaba la esgrima individual al jinete. Habría que preguntarse cual sería la moral de ese recluta, que además de preocupado en dominar a su caballo durante la carga, pensaría que una vez llegado al choque contra la mejor caballería de Europa ¿qué iba a hacer sino tenía más que unas elementales nociones de esgrima? La respuesta la tenemos en muchas acciones fallidas de los escuadrones formados por jinetes bisoños. Los del regimiento de los Cazadores Imperiales del Sagrario de Toledo, mucho nombre para tan poco arrojo, en la batalla de Medellín, son un ejemplo clarísimo de lo que afirmo. Antes de llegar al choque, cuando la batalla “...iba en aquel orden respetable y majestuoso que anunciaba la victoria”³, como escribiría el propio general **Cuesta**, y sin ninguna razón que lo explicara, la unidad volvió grupas y dejó el flanco izquierdo español al descubierto, que fue por donde penetraron los dragones de **Lamour-Maubourg**, y en su huida arrastró a los regimientos de Infante y Almansa, frenó su carrera cuando pasó la desbandada del Imperial de Toledo y volvió caras, protegiendo la retirada de los batallones del duque de **Alburquerque** que eran cargados por los jinetes franceses.

Más dramática fue aún la fuga de la caballería bisoña en la batalla de Alba de Tormes. El general **Francisco Xavier Losada** se refiere a ella como la “*maldita caballería*”. Y el príncipe de **Anglona**, al recordar su actuación señala: “*La caballería de mi mando huyó vergonzosamente. O no servirá ninguno bajo mi mando o sabrán con la espada vindicar el honor que han perdido*”⁴. Sobre este episodio, quizá fue el **marqués de la Romana** el que utilizó términos más que duros en su proclama: “*Soldados que componéis la caballería del ejército de la izquierda, el 28 de noviembre lo sellasteis con una infamia: las víctimas inocentes que fueron inmoladas por vuestra cobardía claman venganza contra vosotros. Las riberas del Tormes y las llanuras de Alba son los fiscales que os acusan*”⁵.

2. La oficialidad

Los oficiales no eran malos pero eran escasos. **Lord Londonderry**, uno de los ayudantes de **Wellington** en la Península, quedó gratamente impresionado por los oficiales a las órdenes de **D. Gregorio García de la Cuesta**, que vio en Casas del Puerto de Miravete (Cáceres): “*Los oficiales parecen cuidarse de la disciplina*”. Su opinión, sin embargo, no era tan buena cuando juzgaba a los generales: “*Los generales parecían haber sido elegidos de acuerdo con los cánones de la ancianidad. Casi todos eran viejos y con la excepción de O’Donoghoe (O’Donujú) y de Largas (sic) los demás eran incapaces de soportar las fatigas de la guerra y de superar las dificultades de una campaña dura*”.

3. Teniente General G. GARCÍA DE LA CUESTA: *Manifiesto que presenta a la Europa el Capitán General de los Ejércitos Don Gregorio García de la Cuesta*, Mallorca, 1811, p. 41.

4. Instituto de Historia y Cultura Militar (IHCM) AGI, caja VI, carpeta 12, leg. 9

5. *Proclama del Marqués de la Romana a la caballería causante de la derrota de Alba de Tormes*. IHCM-AGI, caja VI, carpeta 12.

Y era positiva con los mandos de batallón e intermedios: “*No sucedía lo mismo con los coroneles y jefes de batallón que eran jóvenes y activos y que presagiaban acabar siendo hábiles oficiales*”.

Un ejemplo patente de esa escasez, podemos encontrarla en el ejército del Centro, tras la retirada de Tudela y antes de la batalla de Uclés, había batallones, como el de infantería de Burgos, que tenía 12 oficiales para 519 hombres de tropa; y el primero de Irlanda disponía de 7 oficiales para 377 hombres de tropa. Había casos aún más acusados: el regimiento provincial de Córdoba, con 622 hombres, únicamente disponía de 10 oficiales y el provincial de Ciudad Real sólo 3 para sus 268 soldados⁶, es decir un oficial para 89 hombres.

3. El pueblo en armas

Sobre la espontánea aportación del pueblo en armas, refiere el general Girón, antes de la acción de Alcolea, en junio de 1808:

“El comandante Echevarri pasó a hacer un reconocimiento y a su vuelta hice contar la caballería que llevaba atrás y pasaban de mil doscientos, los más en caballos, otros en mulos; monturas de todo género o sin ella algunos, armas de varios siglos desde la daga al espadín; tal era la confusa ordenación de aquella gente...””.

En Villar del Rey (Badajoz), las fuerzas vivas locales crean también sus partidas de caballería. El 1 de mayo de 1809 tuvo lugar una acción en las cercanías del pueblo.

“Nuestra caballería, dice el parte, compuesta por unos cincuenta caballos, la mayor parte yeguas, montadas por muchos Clérigos, Frailes y Paisanos, al mando del Subteniente del 2º de Húsares, D. Gabriel Corrales, se sostuvo en el punto del camino de Montijo (...) pero viendo que el enemigo lo atacaba con una columna de 200 caballos, tomó el partido de retirarse en orden...””.

4. La resistencia, base del éxito

Derrotado la mayoría de las veces, victorioso algunas, pertinaz en todas las ocasiones, el ejército regular español acabó rompiendo el esquema estratégico de la *Grande Armée*, acostumbrada a campañas relámpago y a subsistir con una logística de campaña prevista para pocas semanas. Seis años de sangría, fueron una prueba insoportable para las unidades imperiales, habituadas a vencer en días. Seis años de lucha fueron demasiado para un ejército como el francés adaptado a ocupar el territorio pacificado en se-

6. *Exército del Centro que manifiesta la fuerza efectiva que tiene este día. Quartel general de Cuenca 11 de enero de 1809.* DUQUE DEL INFANTADO: *Manifiesto del Exército del Centro.*

7. MARQUÉS DE LAS AMARILLAS: *Recuerdos (1778-1837)*, Pamplona, 1978, t. 1, p. 207.

manas ya vivir en paz durante meses e incluso años. El teatro de operaciones europeo desde 1806 hasta casi 1812 –con la campaña de Rusia– así nos lo demuestra.

Donde anida el tópico es en la idea que pretende zanjar la cuestión señalando que tras la batalla de Ocaña, a finales de 1809, el ejército regular fue derrotado y a partir de ahí la acción bélica se sustituyó por la guerrilla. Falso. Hubo guerrilla –y cómo– antes de Ocaña y hubo ejército regular después de Ocaña. Si no que se lo hubieran preguntado al marqués de Campoverde en Mollet (en enero 1810), a O'Donnel, en Margalef (en abril 1810), en Valls a Campoverde derrotando a Palombini (en enero 1811), al general La Peña en Chiclana (en marzo 1811) en La Albuera a Zayas y a Ballesteros (en mayo de 1811), en Sagunto a Blake (en octubre de 1811), en Tarifa, donde Leval cedió ante Copons (en diciembre de 1811), y en Arapiles en julio de 1812, en Vitoria y en San Marcial en 1813, y en Orthez y en Toulouse en 1814, a los contingentes del ejército regular español que combatieron en aquellas campañas.

Segundo tópico: el entusiasmo guerrero frente al invasor

La desertión fue un fenómeno generalizado, cuya existencia se ha venido escatimando en el relato tradicional de la guerra. Su entidad y volumen, que no podemos desoír, choca con la visión clásica del “*heroico individualismo español*” (José María García Rodríguez) y del “*valor nativo de la raza*” y del “*heroísmo de tantos millones de españoles lidiando con el Invencible*” (Francisco Busola 1815).

La poesía española del XIX, ayudó a mantener un tópico edificado sobre los relatos literarios de postguerra. Veamos:

Unos versos de Francisco Pedrosa, sintetizan los nombres de la épica:

*“Mientras Francia soldados amontona,
Creyendo, ilusa, producir desmayo,
Viste España su carro de amazona;
Y en lucha abierta, más veloz que el rayo,
El Bruch, Bailén y la inmortal Gerona
Responden al cartel del Dos de Mayo”.*

Los reveses sufridos, se justifican entonces, como durante las campañas, por la traición de los jefes o por su ineptitud. El soldado y el pueblo, siempre son los esforzados peones sacrificados por el poder. Veámoslo en Juan Nicasio Gallego:

*“¿Do están ¡oh cara Patria! Tus soldados
que a tu clamor de muerte no responden?
Presos, encarcelados
Por Jefes sin honor, que, haciendo alarde
De su perfidia y dolo,
A merced de los vándalos te dejan...”*

Espronceda también se apunta a la idea romántica del pueblo en armas:

*“Oh! ¡Es el pueblo! Cual las olas
Del hondo mar alborotado brama;
Las esplendentes glorias españolas,
Su antigua prez, su independencia clama”.*

Y en la alabanza a los mártires, donde el 2 de mayo es referencia obligada, Zorrilla rompe una lanza por los dos oficiales del Parque de Artillería:

*“Víctimas al honor sacrificadas
Del acero invasor al cruento filo,
Sobre el polvo do fuisteis inmoladas
España os alza panteón tranquilo”*

Claro está, la desertión no es poética. Pero fue abrumadora.

1. Antes de finalizar el año 1808, se presentaron en los puestos franceses de los Pirineos los primeros desertores de las tropas insurrectas en Cataluña, con la intención de pasarse a Francia. Como no se les pudo mezclar con los prisioneros de guerra, se les concedió un trato separado. El número de afectados, en cualquier caso, era escaso entre 1808 y 1810. Fueron conducidos al Périgueux y más tarde se alistaron en regimientos al servicio de Francia. Los que se negaron a hacerlo pasaron a los depósitos. Desde el 1 de noviembre de 1810 al 1 de diciembre de 1813, el número de desertores que permanecieron temporalmente en Périgueux se elevaba a 2.699, cifra que se desglosa de la siguiente manera: 62 oficiales, 2.582 suboficiales y soldados, y 55 mujeres y niños. Cerca de 300 suboficiales y soldados inscritos como “desertados” hallan el medio de abandonar sus depósitos de refugiados, con pocas semanas de intervalo, desertando de nuevo, ¡primero de los españoles y después de los franceses! Estos individuos que se fugan del Périgueux se desvanecen en el aire y se pierde la esperanza de encontrar de nuevo rastro de ellos⁸.

2. En 1811, la desertión continuaba siendo un problema crónico. Un ejemplo lo encontramos en el bando del brigadier **Carlos de España**, ordenando en una de sus proposiciones el 6 de marzo de 1811, que todos los vecinos se armasen para capturar ladrones por los montes y caminos, y “*localizar a desertores, pagándose cien reales a quien presentara o delatase a un desertor y doble cantidad si el presentado era reo también de otros delitos*”; no permitiéndose residir en pueblo a ningún militar “*que no exhibiese pasaporte auténtico*”.

Aunque en menor número los oficiales también desertaban. Después de haber tenido que ordenar repetidamente a los oficiales que regresasen a sus regimientos, La Junta Suprema finalmente instruyó que se ejecutase a los oficiales desertores.

8. J.-R. AYMES: *Los españoles en Francia (1808-1814). La deportación bajo el Primer Imperio*, Madrid, 1987, p. 97.

3. Totalmente fuera de la realidad, el Reglamento de septiembre de 1811, que ordenó el general Lacy para organizar las guerrillas, establecía en el articulado que “*uno de los principales objetos de las Partidas será la persecución y captura de desertores, ladrones y mal entretenidos, que deberán conducir al Comandante de la División de tropas más cercanas*”, ingenua disposición que no tenía en cuenta que una buena parte de las partidas se componían de desertores.

4. Después de la victoria de Arroyomolinos la Regencia tuvo la idea de utilizar la victoria como ocasión para indultar a los dispersos y desertores. Algunos volvieron, otros fueron recibidos a pedradas en sus pueblos, como sucedió en Almendral (Badajoz) y la medida tuvo una acogida tibia.

5. En la zona patriota existía también una “*deserción de guante blanco*”, en expresión de Ricardo Robledo, que era la practicada por aquellos que tenían posibilidad de trasladarse de un lugar de residencia a otro.

Muchas personalidades locales mostraron con bastante desvergüenza su corrupción y su desgobierno. Donde más se apreciaron estos fenómenos fue en lo referente al reclutamiento. De ahí que sean numerosos los informes sobre la protección prestada a los pudientes, familiares, amigos y parientes y, sobre todo, la aceptación de sobornos.

Fueron muchas las localidades costeras que intentaron librarse aduciendo que sus hombres estaban permanentemente inscritos al servicio de la armada y, por tanto exentos del servicio militar en tierra, mientras que en Andalucía eran víctimas comunes los trabajadores gallegos emigrantes que podían ser enrolados como vagabundos. Como dato sintomático Esdaile señala que pese a ser populosas, León y las dos Castillas no reclutaron más que algunos miles de hombres, mientras que la Junta de Sevilla se vio obligada a indultar a bandidos, contrabandistas y desertores para alistarlos⁹.

Tercer tópico: la resistencia patriótica y revolucionaria del guerrillero

Asunto ampliamente polémico. Bajo esta perspectiva se aborda uno de los grandes mitos de la Guerra el espíritu. Galdós llega a decir que los guerrilleros “*constituyen nuestra esencia nacional (...) son el espíritu, el genio, la Historia de España...*”

Pero entre sus miembros encontramos a aventureros, oportunistas asesinos y bandoleros, aunque también a individuos partidarios de la disciplina militar. Hubo patriotismo o reacción nacionalista, en alguno de ellos, no dudo de ello, pero a la vista de los testimonios y de la documentación manejada, no me cabe tampoco duda de que los que luchaban únicamente por esa causa, fueron los menos. Esta afirmación habría que matizarla aún más. Caben no sólo motivos personales en los comportamientos de los miembros de las partidas, sino también ambientales, según la región donde actuaban o donde se reclutaban, y no en menor medida planea sobre este fenómeno, el tiempo,

9. C. ESDAILE: *La Guerra de la Independencia. Una nueva Historia*, Barcelona, 2002, p. 150.

es decir, el momento de la guerra en el que actúan cada una de las partidas, ya que esto tiene una influencia que no se puede desdeñar en el análisis.

En algunas ocasiones, el impulso a echarse al monte estuvo mezclado con el deseo de venganza. Otros se unieron a las partidas por huir la disciplina de los ejércitos regulares y del combate en campo abierto, más arriesgado que la sorpresa emboscada. Cuando el capitán general **Luís Lacy** ordenó la incorporación de todos los hombres pertenecientes a los Cuerpos francos al ejército de línea, hubo tal desbandada general de las guerrillas que **Lacy** se vio obligado a rectificar y ordenar sólo la incorporación de los que hubieran abandonado sus Tercios o Partidas¹⁰.

Inútil e ingenuamente proclamaba su Reglamento para las Partidas patrióticas (fechado en Vich en Septiembre de 1811) que “no podrán admitirse en ellas a los individuos que sirvan en otro cuerpo, ni a desertor o disperso alguno”. ¡Pero si en la práctica, la admisión de estos era habitual! Además de los desertores o prófugos españoles, abundaban los desertores alemanes, polacos, italianos y hasta franceses, cuya finalidad no era precisamente la defensa de la corona en las sienes de Fernando VII. Entre los jefes guerrilleros se encontraban también oficiales y desertores franceses, conocidos con el nombre de “*barateros*”, única manera que tenían para sobrevivir y obtener riquezas y recompensas fáciles¹¹. La avaricia de “*Los Húsares francos de Camuñas*” hizo que –sin tener que realizar grandes esfuerzos– se granjeasen en paralelo el odio de franceses y españoles; **Jaime Alonso “El Barbudo”** cuyo pedigrí de bandolero no podía ser más cristalino, lideró una partida de *Muxicas* en Valencia en 1808; “**Boquica**” en Cataluña se convirtió en el paradigma de la depredación... Y a estos especímenes se les ha calificado desde plumas españolas –y esto se ha escrito hace no tanto tiempo– como la “*resurrección del alma celtibérica*”.

No obstante los había bienintencionados, es decir aquellos no inclinados al ejercicio de la dura profesión del bandidaje patriótico-revolucionario. Aunque era difícil que el entusiasmo permaneciera latiendo durante la crudeza de la lucha. Por ejemplo, en Extremadura surgió en febrero de 1810 la partida de “*Los leones irritados*”, también conocidos como “*Los verdaderos españoles*”. A los dos meses de padecer los rigores de la campaña, “*Los verdaderos españoles*” se disolvieron. En La Mancha se levantó la partida de los “*Leones Manchegos*” que oscilaba entre los 70 u 80 “*leones*”, y que también desaparecen de la acción pocos meses después.

En cuanto a su modo de pelear, sólo con cierta dificultad puedo compartir criterios que califican a la Guerra de la Independencia como “*una lucha popular*”¹², o de “*resistencia revolucionaria*”¹³, y a los guerrilleros como “*revolucionarios, genuinos miembros de la resistencia*”¹⁴. Ni mucho menos puede afirmarse, a poco que se adentre uno en análisis

10. Archivo Corona de Aragón (A.C.A.). Junta Superior de Cataluña. Guerra. Leg. XIII. Citado por J. Pérez Unzueta y recogido en A. Moliner, *op. cit.*, p. 174.

11. A. MOLINER: *La guerrilla en la Guerra de la Independencia*, Madrid, 2004, p. 94.

12. M. MORENO ALONSO: *Los españoles durante la ocupación napoleónica*, Málaga, 1997, p. 65.

13. Vid. *supra*, p. 97.

14. *Ibidem*.

más rigurosos desde una óptica e historia militar, que “*la guerra de resistencia fue la que venció a los ejércitos napoleónicos en España*”¹⁵. No hubo “*una guerra popular que se impuso a dos guerras superpuestas*”, como también se ha escrito. Hubo una guerra. Una sola guerra en la que cabía todo. Descoordinada, improvisada, tanteante en sus acciones y maniobras, en las que dudaba Wellington, vacilaban los mandos españoles y titubeaban hasta mariscales tan experimentados como Massena y Marmont. En esa guerra se engloban esporádicamente, las actividades de la guerrilla, en algún caso coordinadas con las fuerzas regulares, propias y aliadas, y en la mayoría no.

Por otro lado, no todas las labores de las partidas guerrilleras, estaban dirigidas a erosionar el poder militar imperial. En gran parte de las acciones –sobre todo en Castilla y Cataluña con mucha frecuencia y casi desde el principio; en Andalucía, a partir de 1810 y en Santander en 1811– el botín y la supervivencia fueron la motivación clave en su comportamiento. No quiere ello decir que el hostigamiento no reportara dividendos militares. Ciertamente hacían daño a las fuerzas imperiales y que su acción ayudaba a los propios ejércitos y a los británicos. El propio mariscal *Soult*, cuyas fuerzas sufrieron los agujonazos de la guerrilla no se recató en declarar en sus Memorias que “*los insurgentes españoles han sido útiles auxiliares de los Ingleses, mucho más de lo que a los historiadores del otro lado del Canal de la Mancha les gusta aceptar*”¹⁶. Pero esa acción, no fue por sí solo un factor concluyente en la victoria. Sin el concurso del ejército británico y de los ejércitos regulares españoles, los guerrilleros habrían sido aniquilados en cuestión de meses. No hubo táctica en la guerrilla. La táctica exige una medida de elección constante. Las partidas se apoyaban solo en la sorpresa. Esa era su única táctica, que repetían sin variación ni imaginación, empleando el terreno, que conocían mejor que sus oponentes. Además, al margen de tres o cuatro partidas bien organizadas como las del **Empecinado**, **Cura Merino**, **Espoz** y el **Charro**, la eficacia militar de la lucha guerrillera tampoco debe sublimarse. En la mayoría de las acciones en que los guerrilleros no aprovechaban al máximo el efecto sorpresa y el terreno, o en las que el descuido les hacía entablar combate, terminaron siendo clamorosamente derrotados aunque su fuerza fuera superior a la francesa. Por citar unos cuantos casos a vuela pluma señalaré que el 5 de septiembre de 1810 un centenar de guerrilleros tuvo la equivocada idea de enfrentarse en Quintanapalla a un escuadrón de gendarmes de elite y perdieron 24 hombres mientras los demás salieron a escape¹⁷; que **Espoz** fracasó estrepitosamente en Tarazona, Belorado y Lerin en 1811; que la partida de **Amor** tuvo un mayúsculo descalabro en Sto. Domingo de la Calzada contra el 19 escuadrón de Gendarmería, y le tomaron una bandera con la efigie de Fernando VII y el lema ¡en latín! “*Hispanorum Rex*”; que “**El Cantarero**” y su partida fueron sorprendidos y escarmentados en las llanuras de Villanueva de Sigüenza (Huesca) en verano de 1811, muriendo “**El Cantarero**” en la refriega..., y pueden encontrarse decenas de hechos similares, a poco que se trace ese propósito, legajo en mano.

15. Vid. *supra*, *op. cit.*, p. 107.

16. SOULT: *Mémoires du maréchal Soult. Espagne et Portugal*, Paris 1955, p. 40.

17. E. MARTIN: *La Gendarmerie française en Espagne et en Portugal (Campagne de 1807 à 1814)*, Paris, 1898, p. 82.

Existe otra afirmación, un tanto generalizada, según la cual el guerrillero se veía compelido a formar parte de la guerrilla movido por el libre y voluntario impulso de luchar contra el opresor. Afirmación que hay que tomar con cierta reserva. No olvidemos que una parte del contingente guerrillero había sido incorporado a la fuerza. Muchos de los jefes de partida eran de tal catadura moral que sus actos les hacían ser más temidos por la población española que por los propios franceses: “*Los jefes de la insurrección emplean las amenazas y la violencia para la formación de guerrillas que recorren el país y lo devastan*”, escribía el general Bonet¹⁸. Podemos sospechar por proceder testimonio de un francés, pero Tone manejando documentación del lado patriótico, señalaba que el guerrillero navarro, Eguaguirre terminó viendo como se desbandaban sus guerrilleros, y trató de mantener el control a través de “*rituales de humillación pública en la que se obligaba a los voluntarios, rodilla en tierra, a jurar fidelidad mientras se les apuntaba con un arma en la cabeza*”¹⁹. La presión fue tal que el pueblo de Puente la Reina (Navarra), pidió a los franceses que enviasen tropas para protegerlos de Eguaguirre²⁰. Tampoco parece probado, sino todo lo contrario que “*el combatiente español percibiera que lo único relativamente invulnerable era el género de vida del guerrillero*”, como también se ha escrito en ocasiones. Variados y abundantes testimonios translucen que lo que el combatiente español, en su mayoría, deseaba era dejar de ser combatiente. El frecuente recurso a la desertión por parte de los soldados, lo indica claramente. Por ejemplo, otro de los nombres blasonados del santoral guerrillero, Julián Sánchez “El Charro”, obligaba a incorporarse a las partidas “*a los mozos, no perdonándose ni a los cojos, ni a los mancos, para venderles después su libertad, la de los inútiles a un precio, y a otro carísimo la de los útiles*”²¹. Si no pagaban, los integraban en la guerrilla a la fuerza. En este mismo esfuerzo de convicción debemos situar la proclama de Miguel Sarasa al gobernador de Sos, el 25 de octubre de 1809, no tiene desperdicio: “*Ordenaréis a los jóvenes (...) comprendidos entre los 16 y los 40 años, que se reúnan en mis batallones bajo pena de muerte, y si algún joven no se presenta, procederá a detener a su padre, su madre o parientes más cercanos, los cuales no serán puestos en libertad hasta que el joven se presente*”²².

Por tanto, ciertos juicios homéricos, como los que avanzaba García-Rodríguez en 1949: “*...las guerrillas respondieron al valor nativo de la raza, a sus sentimientos de hidal-*

18. Carta del General Bonet al Príncipe de Wagram. Oviedo 16 de junio de 1810. Citado por P. RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ: *Cartas del general Bonet sobre la Guerra de la Independencia en Asturias*, Gijón, 1955, p. 36.

19. J. Tone, citando fuentes del Archivo General de Navarra (A.G.N.), legajo 16, carpeta 33, *op. cit.*, p. 66.

20. *Op. cit. vid. supra*, citando el A.G.N., legajo 15, carpeta 21, 23, 30, 39, *op. cit.*, p. 201, nota 21.

21. “Documentos relativos a las operaciones de la Legión de Honor de Castilla que mandaba en 1808 el brigadier Don Tomás García Vicente que la creó, por el mismo brigadier”. Madrid 1843. Citado en Ricardo Robledo, *op. cit.*, p. 131. Apéndice documental. Documento 10.

22. “Carta de Miguel Sarasa al gobernador de Sos. 25 de octubre de 1809”. Archivo de Palafox. Zaragoza. Documentos sueltos. Citado por Ramón Girao y Luis Sorando, *El Alto Aragón en la Guerra de la Independencia*, p. 260. Doc. 28. Zaragoza 1995. Una obra sólida y completísima sobre los Sitios de Zaragoza e imprescindible para conocer las operaciones en el Alto Aragón, con énfasis especial en las acciones de las partidas y la lucha de contra-guerrilla. Obra a la que remito para mayor análisis.

guía, al amor a la vida difícil, y a la austeridad española”, producen cierta sonrisa si no se entendieran en el contexto político del año en que se escribieron²³. Las aguas del elogio ya estaban remansadas a lo largo del siglo XIX, cuando se idealizó a las partidas y a sus componentes, que eran considerados “*gentes audaces y con iniciativa ardorosa (...) poseyendo corazón robusto y tenacidad inquebrantable...*” como decía en 1909 un notable académico de la Historia, con ocasión de la conmemoración del primer centenario de la guerra²⁴, sublimando conductas de aquel conglomerado de individuos temibles. Lo cierto es, como señala *Ricardo Robledo*, que lo que se deduce de investigaciones cada vez más frecuentes, es que la consideración exclusiva de la guerrilla como una fuerza de resistencia patriótica, resulta difícilmente sostenible²⁵.

Como tantas veces sucede en la vida, la respuesta no es única. Lo más concluyente que puede decirse es que la guerrilla fue útil. Sus componentes eran una cosa y la contraria. Bandidos y desertores y, a veces, patriotas. Unos sólo fueron forajidos, otros sólo fueron guerrilleros, otros fueron las dos cosas a la vez. Se trata de una cuestión de cantidades, aunque el porcentaje se inclina más hacia el comportamiento forajido que a la conducta patriota. Se trata de episodios donde la situación, el área geográfica y la presión enemiga, determinaron un tipo de partidas u otro.

Sus métodos siempre pasaban por dar muerte y robar al agredido, y muchas veces lo hacían indiscriminadamente. El hecho de luchar contra los invasores franceses los redimía. La crueldad con los españoles les desacreditaba. No condenemos a todos. No idealicemos a ninguno²⁶.

Cuarto tópico: la España dolorida, el odio a muerte al francés o la guerra a cuchillo o ¿sólo los desastres de la guerra?

“*Los franceses no eran tan universalmente detestados como se ha dicho después*”²⁷, escribe el General Brandt, entonces joven oficial polaco de la 2ª Legión del Vístula al servicio de Francia. De acuerdo con su testimonio, los franceses tenían en contra “*a los curas y a los monjes, que combatían (...); a la mayor parte de los campesinos, y en las ciudades, los muy jóvenes sobre los que el clero ejerce una influencia completa. En la clase media, los hombres*

23. J. M^o GARCÍA-RODRÍGUEZ: *Guerra de la Independencia*, Barcelona, 1945, t. II, p. 278.

24. *Discurso leído ante S.M.El Rey por el Excmo.Sr.D.Julián Suárez Inclán en conmemoración del Primer Centenario de la Guerra de la Independencia*, Madrid, 1909, pp. 54-55.

25. R. ROBLEDO: *Salamanca, ciudad de paso, ciudad ocupada. La Guerra de la Independencia*, p. 24. Salamanca, 2003.

26. Afirmaciones como las que “...durante la Guerra, si hubo héroes estos fueron los guerrilleros”, o que “...a las guerrillas fueron... los hombres de más arrojo”, o bien que “en el ejército regular español... no dio ninguna figura individual comparable a la de cualquiera de los numerosos jefes de guerrilla”. (M. MORENO ALONSO: *op. cit.*, p. 109), son juicios de valor, dignos de ser considerados, pero que quizás aconsejen, para ser sostenidos con ese vigor, una investigación más crítica a través de la amplísima y abundante documentación militar de la época.

27. BRANDT: *Mémoires d'un officier polonais*, París, 2002, p. 81.

de una cierta edad nos eran igualmente hostiles. Pero entre los de veinte a treinta años se encontraban muchos ‘afrancesados’ (sic) que esperaban que la presencia de los franceses les llevaría a mejoras indispensables en el estado social y en la administración del país.

Las mujeres, sobre todos las de edad madura, reprochaban a los ‘señores franceses’ (sic) su poca devoción y sobre todo su insaciable apetito...

También a veces encontrábamos en nuestras peregrinaciones ardientes ‘afrancesadas’ (sic), sobre todo entre las jóvenes aseguradas en su bienestar por los maridos viejos y entre las ‘monjitas’ (sic), monjas o novicias, a las que sus superiores les habían dado el velo al acercarse los franceses. Normalmente se refugiaban con sus familias, pero como había franceses un poco por todas partes, a menudo esas palomas temerosas no escapaban de un peligro más que para caer en otro mayor...’’²⁸.

Al principio la situación pintaba mal para meterse en juergas. El 26 de octubre de 1808, en Barcelona, se publicó un Decreto que incluso prohibía que “*persona alguna durante la noche, se atreviera a rondar las calles con música ni otra cosas que atrajera concurso*”. Por el otro extremo, el clero anatematizaba cualquier manifestación festiva, sobre todo si era el baile.

Pero con el paso del tiempo, la guerra trajo cierta relajación de costumbres. El deseo de divertirse era tal que, a pesar de ello, los fieles se saltaban la censura de vez en cuando. No en vano, el polaco **Brandt** opinaba que “*bailar es para un español una necesidad tan imperiosa o más que la de alimentarse*”. En Gerona, para escándalo del clero, se ofreció un baile en honor a las damas que duró hasta las cuatro de la mañana y en él “*se bailaron todos los bailes que entonces estaban de moda*”²⁹.

En 1810, en Barcelona, el clima ya se había relajado un tanto. Los generales franceses **Augereau** y **Duhesme** habían recibido instrucciones de dar un carácter especial a la guerra en Cataluña, para obtener la adhesión de los habitantes haciéndoles ver que Inglaterra era la enemiga de su comercio³⁰. El 7 de marzo, el intendente de la ciudad de Barcelona ofreció un baile de Carnaval. Raimon Ferrer, apunta en sus crónicas un cierto boicot: “*...no hubo ni una señorita del país (a pesar de su afición al baile y no haberlo en otra parte)*”. Y el propio cronista insiste en que “*al sarao acudieron sólo las que tienen padres o esposos maleados*”. No obstante las hijas o esposas de los “*maleados*” debieron ser bastantes y el sarao bien organizado. El propio Ferrer se hace eco de que “*al entrar, las señoritas en la pieza del baile se les entregaba por los oficiales franceses un pequeño ramo de flores de seda*”. El carnaval debió resultar animado, y termina apuntando que “*concluido el baile hubo cena*”³¹.

El aluvión de forasteros de carácter pacífico y de ambos sexos estaba enlazado con la propaganda. De este tiempo arrancan la organización del teatro a la francesa, en que intervino personalmente **Duhesme**; los bailes nuevos; ciertos artículos periodísticos y

28. Vid. *supra*, p. 82.

29. RÓALA: *La dominación napoleónica a Girona*, Barcelona, 1923, p. 70.

30. F. CAMP: *La invasión napoleónica*, Barcelona, 1943, p. 33.

31. R. FERRER: *Barcelona cautiva o sea Diario exacto de lo ocurrido en la misma ciudad mientras la oprimieron los franceses*, Barcelona, 1818, t. V, p. 209.

la prostitución reglamentada oficialmente. A tal punto de escándalo llegaron ciertas cosas, que uno de los generales hubo de disponer una expulsión en masa. Aparte de estos rasgos se vieron llegar fondistas, cafeteros, profesores de lenguas, música y dibujo³².

En la España ocupada, la fiesta no estaba ausente, como ya vemos. Con ocasión de la visita del *rey José* a Málaga, en los primeros días de 1810 se le obsequió al mariscal **Soult**, que le acompañaba, con un gran sarao. **Bory de Saint Vincent** contaba extasiado que *“de ochenta señoras que asistieron al baile, diez eran de una perfección que se citaría como notable en todas las poblaciones del universo; veinte de una hermosura casi notable; treinta extremadamente bonitas; las demás lo habían sido, y no se encontraban más que tres que no lo fuesen, y estas no eran españolas”*³³.

Cualquier excusa era aprovechada. En Córdoba, por ejemplo, resultaron muy lucidas las fiestas que celebraban la onomástica del Emperador. El Ayuntamiento y el cabildo conjuntamente, crearon una comisión de fiestas y editaron un programa de actos que discurría a lo largo de los días 14, 15 y 16 de agosto de 1810. No había mucha variedad de jolgorio respecto a las actividades en otras ciudades españolas. Repiques de campanas, misas, limosnas, el Te Deum solmene, uniformes de gala y banquete en casa del gobernador. Después de la cena, a eso de las ocho y media del día 14 se tiró *“un ramo de mil cohetes”* y se quemó *“un fuego de artificio”*³⁴. Al día siguiente a la temprana hora de *“las cuatro de la mañana”*, el pueblo de Córdoba fue despertado con una salva de artillería que anunciaba la fiesta del día. A las cinco y media el programa disponía que *“un piquete de cada regimiento de la guarnición y de la guardia cívica con sus músicas respectivas, pífanos y tambores, se reunirán en la plaza de armas y desde allí pasarán a recorrer las calles de la ciudad, tocando los pasos de música más análogos a las circunstancias”*³⁵. Así lo hicieron y a las nueve de la mañana, el gobernador, general **Godinot**, y todas las autoridades españolas y francesas con uniforme de gala y acompañados de una compañía de granaderos del regimiento de infantería de línea francés número 51, se dirigieron a la catedral. Allí el cabildo en pleno, las tropas de guarnición, la música militar y la eclesiástica, las damas y los convidados, asistieron a misa. La colecta se distribuyó entre los pobres, y durante la ceremonia *“se desposaron 13 huérfanos con otras tanta huérfanas al pie del altar”*³⁶, que fueron dotados posteriormente con cien ducados a cada uno de los nuevos matrimonios.

A ello siguió un banquete de 250 cubiertos en el que brillaron *“la abundancia y buen gusto”*, y terminó con un brindis por los Emperadores. Por la tarde hubo evoluciones de tropas, músicas y más repiques de campanas y luminarias hasta las diez de la noche, en que el pueblo se recogió para intentar dormir algo, y paliar, de alguna manera, la alborada a cañonazos que se temían de madrugada. Efectivamente, al día siguiente

32. F. CAMP: vid. *supra*, pp. 33-34.

33. J.B. BORY DE SAINT VINCENT: *Guide du voyageur en Espagne*, Paris, 1823, p. 546.

34. M. Á. ORTI BELMONTE: *Córdoba durante la Guerra de la independencia. 1808-1814*, p. 119.

35. *Ibidem*.

36. Vid. *supra*, p. 120. Citando *El Correo Político* de esa fecha.

los cordobeses fueron despertados por otra salva general de artillería, que les saludó a las cuatro de la mañana, anunciando el tercer y último día de fiesta.

El romance y el coqueteo con las mujeres españolas, fue un tema presente de manera constante y motivo de competencia, esta vez no violenta, entre aliados y adversarios. **Saint-Chamans**, ayudante de Soult en sus campañas andaluzas, nos ha dejado una confesión apasionada sobre las mujeres de Sevilla: “*Las mujeres del reino de Sevilla son altas y bien formadas. Su cara, sin ser regular ni bonita, es graciosa y voluptuosa. Tienen la tez algo morena; los dientes, bonitos; los ojos y los cabellos de negro azabache. Su cintura es perfecta, sus piernas son muy bonitas y sus pies encantadores. (...) Siempre van vestidas, de arriba abajo, de negro y se ciñen bastante. De ese modo la belleza de su talle se muestra mejor, así como la perfección de sus formas, de las que no oso hablar...*”, pero el joven ayudante debía conocer ciertos detalles sobre esta cuestión, porque añade con tono cómplice “*...Los franceses que las han visto me entenderán; los demás no pueden hacerse más que una idea muy imperfecta*”.

Alguna razón debían tener los ingleses sobre las preferencias que las españolas otorgaban a sus rivales franceses. El general **Hill**³⁷, tuvo la maldad de publicar –en julio de 1812– las cartas interceptadas que algunas damas de Llerena (Badajoz) habían escrito a sus amantes franceses. El general **Robert Long** lo comentaba con cierta ironía: “*...Ayer interceptamos algunas cartas de Madrid para Soult, pero al estar en clave no pudimos descifrarlas. También interceptamos ‘billet-doux’ de algunas damas de Llerena para los oficiales franceses. Decían, ‘Los brutos ingleses todavía están aquí, han estado intentando hacerse amigos, pero han fallado totalmente’, bonito consuelo para los organizadores de bailes y los ‘petits maitres’ del cuartel general, quienes piensan que son irresistibles...*”.

El pueblo británico es amante del teatro, por lo que no es de extrañar que otra de las actividades que los británicos en campaña cultivaron profusamente fuese el teatro de aficionados. Con ello disfrutaban y también divertían las poblaciones donde tenían lugar aquellas representaciones. También en esto Fuenteguinaldo fue pionero. Los británicos iniciaron en 1811 sus representaciones allí. “*Cada mañana los oficiales estaban ocupados en ensayar sus diferentes papeles o en supervisar la confección del atuendo teatral (ya que la tragedia de ‘Enrique IV’ iba a ser representada por varios oficiales) y en pintar decorados (...) en una vieja ermita, a unos cien metros de la aldea, la cual había sido despojada de sus ornamentos por los franceses o por los curas*”³⁸. Se distribuyeron por la aldea carteles de la obra, “*la cual estaba como una colmena*” con oficiales de otras divisiones del ejército que habían llegado desde una distancia considerable “*con las capas al aire y montados en borricos, mulas y desgastados y rotos sementales*”. El entusiasmo de los organizadores había llegado hasta el extremo de emitir entradas para el patio y para los palcos. Cuando llegó la hora se dirigieron en grupo “*hacia el teatro o ermita; estaba a rebozar, ya que nos habíamos olvidado de reservar espacio para los soldados. Nada más abrirse el telón el asombro de las muchachas no tuvo límites y se pusieron tan locuazmente a admirar el*

37. T. H. MCGUFFIE: *Peninsular Cavalry General (1811-1813). The correspondence of Lieutenant-General Robert Ballard Long*, Londres 1951, p. 205.

38. J. H. COOKE: *Memoirs of the Late War*, Londres, 1831., t. I, p. 111.

*escenario y los vestidos, y a discutir entre ellas quién era el príncipe y quienes eran los oficiales que representaban los distintos personales, que pasó un tiempo considerable antes de que estuvieran suficientemente calmadas como para permitir que pudiera seguir la representación...*³⁹.

Claro está que organizar bailes no era privativo de los ocupantes. Los ingleses aprovechaban todas las ocasiones propicias, incluso en plena vida rural, obligados por la vida de campaña. Los regimientos organizaban bailes en los acantonamientos cercanos a las villas. Tenían estos un carácter verbenero, pero con todos los ingredientes necesarios para desfogarse.

John Kincaid, de los *Green Jackets*, refiere los pasatiempos de la Brigada de Rifles en Navarra: “*Apreciábamos la coloreada tez y los brillantes ojos que nos proporcionaba la belleza rural, pero teníamos pocas excusas para buscar una oportunidad más festiva para nuestros ojos, para apreciar la iluminada porción de otras obras más bellas que la Naturaleza había dotado a alguna de las ‘damas’, y que anhelábamos ardientemente*”⁴⁰.

Y lejos de allí, también otro joven oficial británico, **Robert Knowles**, escribía desde Toledo en octubre de 1812, a su amigo **Andrew Orrel**, otro oficial que sirve como él en España: “*La gente aquí parece tener ganas de vivir y cada uno se afana para ver quien se divierte más. La última noche nos dieron un baile espléndido y solicitaron al brigadier Wilson que indicase en sus órdenes que se esperaba que asistieran todos los oficiales para que asistieran. Había una buena cantidad de mujeres*”⁴¹.

Los paisanos españoles, y sobre todos españolas, participaban con tanto entusiasmo, en los primeros meses del año 1813, en Salamanca y, concretamente, en Fuentequinaldo, que la fiesta era un ejercicio permanente. Hasta el punto que el juez **Lampart**, hombre serio, como correspondía a su profesión, no dejaba de sorprenderse de lo que había visto, cuando escribió en sus memorias desde Freneda: “*La gente de Fuentequinaldo, mientras estuve allí, estaba casi loca; nada más que baile y ruido por todos los sitios (...) me parece que están siempre en este estado alegre. La gente de allí se lleva muy bien con los ingleses, especialmente con el 52 Regimiento que está ahora allí. Un buen batallón ligero de seiscientos hombres en buen estado. Las damas van por ahí y atan cintas en las chaquetas de los oficiales e incluso del general. Bailan, comen y beben con ellos y están siempre animados tanto con ellos como con la tropa*”⁴².

Cualquier ocasión para el escaqueo era aprovechada. Incluida la llegada a los alojamientos. El trompeta del 14^o de Húsares británico, **Francis Hall**⁴³, reconocía que “*los soldados también algunas veces besaban a las hijas de sus anfitriones, lo cual causaba alguna indignación, menos por parte de las besadas, que por parte de la gente mayor*”. **Hall** debía ser un trompeta atípico, porque se reconoce lector de Byron, y le cita con frecuencia refi-

39. Vid. *supra*, pp. 128 y ss.

40. J. KINCAID: *Adventures in the Rifle Brigade in the Peninsula, France and the Netherlands from 1805 to 1815*, Londres 1909, p. 67.

41. R. KNOWLES: *The war in the Peninsula. Some letters of a Lancashire Officer*, “Carta a Andrew Orrell. Toledo 4 de octubre de 1812”, Spellmount, 2004, p. 88.

42. G. LARPENT: *The private Journal of Judge-Advocat Larpent*, Londres 1854, p. 64.

43. F. HALL: “Peninsular Recollections 1811-1812”, en *Journal of the United Service Institution*, tomo LVI, parte II (1912), p. 1538.

riéndose a las españolas: “... *las enigmáticas miradas de las hijas de España*”, alusión a uno de los versos de *Childe Harold*, y en su estancia en Aldea del Obispo (Salamanca), evocan sus fantasías al confesar que “*la imaginación estaba preparada para incluso más de lo que presentaba la realidad*”.

Igualmente para su compatriota Cocks “...*las mujeres españolas son tiernas pero más de constitución que de sentimiento*”. No debió manejar bien sus dotes amatorias porque confesaba que “*tener un affaire fue más difícil de lo que imaginaba*”. Quizás picado por ese fracaso, dibuja a la mujer española con trazos muy deshilvanados, a la hora de describir sus ocupaciones: “*ríen, más que disfrutan del tiempo; toman chocolate en la cama; se visten; se sientan graciosamente en la sal; cenan; duermen; hablan y van a misa*”⁴⁴. Y añadía en tono más crítico: “*(...) están generalmente ineducadas, desamparadas de principios enraizados y de información, aunque la viveza de sus caracteres hace sus conversaciones brillantes, si bien se trata de conversaciones para pasar el tiempo*”. Por último incorporaba un dato que otros, generalmente franceses, podrían corroborar “*la mayoría de la mujeres casadas han tenido o tienen un ‘cortejo’ o una aventura*”⁴⁵.

El polaco Stanislaw Broekere, buen observador de la sociedad española, escribía en sus Memorias: “*En sociedad, las mujeres, debido a la continua presencia de los sacerdotes, son extraordinariamente reservadas, poco comunicativas e inaccesibles, tienen un aspecto de lo más inocente, pero en lo que se refiere al arte del secretismo, especialmente en lo tocante a las aventuras amorosas, son unas auténticas maestras, exigiendo recíproca discreción por parte de sus admiradores. Si una mujer sospecha que su secreto ha sido traicionado, inmediatamente se venga haciendo uso de su furia en su más alta expresión. En secreto lo admite todo, pero nunca dará muestras de que entorno a su persona exista algún misterio*”⁴⁶.

En el Madrid ocupado, se practicaba el paseo. Los apañados se llevaban de modo más discreto, al menos en apariencia. Los conocidos se cruzaban en coche de caballos y se saludaban. Las mujeres nunca iban solas siempre iban en compañía de sus maridos, hermanos o parientes y disimulaban no conocer a quien no debían, aunque le conocieran sobradamente. El paseo por excelencia era el que se hacía en el Salón del Prado. La letrilla de *Salas Barbadillo*, sintetiza maliciosamente muchas de las claves de ese trasiego por el Prado:

*“Este prado es común a los casados,
deleite es de maridos y mujeres.
Igualmente dos sexos se recrean,
Porque ellos pacen y ellas se pasean”*⁴⁷

James Hughes, acantonado con su unidad en Olite (Navarra), escribe en su diario el 5 de julio de 1813 que fue “*al baile organizado por la noche por los Dragones Pesados*.”

44. J. PAGER: *Intelligence officer in the Peninsula. Letters and Diaries of Major the Hon. Edward Charles Cocks 1786-1812*, Turnbridge Wells 1986, p. 40.

45. *Ibidem*.

46. BROEKERE: *op. cit.*, p. 100.

47. Salas Barbadillo “al Paseo del Prado”.

*Me divertí con la 'patrona' (en español original) de Cotton⁴⁸, mi pareja, y no me marché de la sala hasta cerca de las cuatro de la madrugada*⁴⁹. Días más tarde, otro joven capitán de húsares, **Woodberry** da noticia de otro nuevo baile: "(...) después de cenar comenzaron a llegar las muchachas y mi baile empezó sobre las 8; estuvimos bailando hasta las 12. Abrí el baile con Alberta. Después bailé un fandango con Fermina e intenté el vals con otras muchas, como también lo intentó Hesse, pero no bailan el vals como las inglesas". El día siguiente lo pasaron bebiendo, fumando cigarros puros y riéndose con las "señoras" a las que tratan de enseñar inglés. "No puedo pensar en mis ratos en España sin que me hagan reír de inmediato, e incluso así será dentro de cincuenta años"⁵⁰.

Cuando a mediados de agosto, el 18º de Húsares regresa a la ciudad después de sus marchas por Navarra, el joven **Woodberry** se las prometía muy felices: "Llegamos de una marcha cansadísima de seis leguas y el sol ardiente casi me destroza. A mi llegada aquí, me han dado un alojamiento fresco, mucho mejor que el que tuve antes, y no sólo eso, sino que las jóvenes a las que conocí durante mi estancia anterior, viven en esta casa"⁵¹. Y la amistad debió ser estrecha por lo que cuenta: "...las españolas tienen una costumbre que para un inglés es muy descarada. Si le están dando la espalda a una mujer, y esta quiere hablar contigo, no te tocan suavemente en el hombro o te hacen volver con zalamerías, no. Tienen un método muy distinto; te dan un azote en el culo". **Woodberry** aseguraba que no exageraba, ya que así había sido saludado "esta mañana por una de mis amigas en el mercado. Todo el mundo se echó a reír y no fue por su cortesía, sino por mi sonrojo y confusión"⁵².

En la misma ciudad, pero ya liberada de franceses, el británico **Cocks** da noticia de obras de teatro representadas y de bailes animados con música de banda. En junio de 1812 y el 1 de agosto, después de la batalla de Los Arapiles (22 de julio de 1812) todo fueron luminarias y más bailes.

El 2 de agosto, doce días después de la batalla, hubo novillos enmaromados corriendo por las calles hasta la Plaza Mayor y de madrugada se celebró un baile en el Ayuntamiento al que asistió la oficialidad de las tres naciones aliadas "y las señoras principales del pueblo". No faltaron –señala la crónica local– "helados, licores, pastas, dulces y otros alimentos en abundancia"⁵³.

Pero poco después volvieron los franceses. El británico **Harry Ross-Lewin**, aludía cáustico y exagerado, a este carácter "dual" de Salamanca, ocupada unas veces por los franceses y otras por los británicos y a la necesidad de adaptarse a las situaciones. Comentaba **Ross-Lewin**, como ejemplos de escape práctico por parte de la población ci-

48. Sir Stapleton Cotton, uno de los generales de caballería británicos.

49. E. HUNT: *Charging against Napoleon. Diaries & Letters of three Hussars. 1808-1815*, Barnsley, South Yorkshire, 2001.

50. Vid. *supra*, *op. cit.*, p. 139.

51. *Op. cit.*, p. 134.

52. G. WOODBERRY: "The idle companion of a young hussar Officer during the year 1813". Diario manuscrito, Londres. National Army Museum. Ref. 6807-267, pp. 200 y ss. citado por C. SANTACARA: *La Guerra de la Independencia vista por los británicos*, p. 665.

53. Libro de Actas del Ayuntamiento de Salamanca. Citado por R. ROBLEDO: *op. cit.*, p. 86.

vil, algunos casos relacionados con los cafés y casas de comidas: “*En el momento en que nuestra retaguardia abandona Salamanca, las cartelas de los cafés se daban la vuelta. Por un lado estaba escrito ‘Café de las Tres Naciones’ –como un cumplido para los aliados– por el otro ‘Café del Emperador’, para agradar a los franceses. Estaban siempre listos para recibir a uno o a otro*”⁵⁴. Finalmente los franceses abandonaron definitivamente Salamanca en 1813, y Castaños subrayó la ocasión con un gran baile y cena que tuvieron lugar el 31 de mayo.

54. H. ROSS-LEWIN: *With the 32 in the Peninsula*, p. 206.